

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO

EDUARDO LATORRE

En la vida de una persona hay momentos de gran satisfacción que se recuerdan con frecuencia en el devenir del tiempo, a veces sólo por el legítimo placer del goce íntimo; otras como punto de referencia para la búsqueda de fortaleza en épocas de debilidad; y otras más, como fuente de inspiración creadora. El haber tenido el honor de que la Junta de Regentes del Instituto Tecnológico de Santo Domingo otorgara su primer Doctorado Honoris Causa a quien les habla, ha significado uno de esos grandes momentos de mi vida.

Cuando recibí la grata y totalmente inesperada noticia, simplemente quedé embargado por la emoción de saber que ese gesto simboliza una manifestación de aprecio sincero de parte de un grupo de hombres y mujeres notables al despedir a un colaborador y amigo. Me he sentido y me siento muy bien porque saberse querido es uno de los logros más importantes de la existencia. Pero sé que ése no fue el único motivo. El Doctorado es verdaderamente un reconocimiento a todas aquellas personas que con su esfuerzo y dedicación han hecho posible que la fértil semilla sembrada hace una docena de años se haya desarrollado en un hermoso árbol, que todos confiamos sabrá dar siempre muchas flores y muchos frutos a la comunidad dominicana.

Discurso pronunciado por el Dr. Eduardo Latorre en ocasión del recibimiento del Doctorado Honoris Causa en Administración Universitaria. Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 13 de julio de 1984.

Recibo hoy el Doctorado Honoris Causa en Administración Universitaria a nombre de todos aquellos que con su trabajo diario han hecho y hacen posible el progreso de nuestra institución y son los merecedores de este honor que toca la ocasión de la terminación de mi Rectoría, para que mis queridos amigos de la Junta de Regentes les hayan hecho este tributo a través de mi persona. A nombre de ellos y del mío propio les doy las gracias de todo corazón.

Como en el INTEC no hay precedentes para el acto de conferimiento de un Doctorado Honoris Causa, se me dejó en libertad para que lo estableciera en cuanto a la parte que me corresponde hablar. Lo más fácil son unas palabras de agradecimiento, que por su brevedad son siempre apetecibles, pero pensé que no eran suficientes como para un acto académico solemne. Un discurso propiamente académico tampoco es apropiado, ya que la concurrencia no es de especialistas que han venido a profundizar sobre un tema particular, sino más bien un público heterogéneo, como el que asiste a una ceremonia de graduación. Decidí, entonces, hablar como se acostumbra a hacer en una graduación del INTEC: un discurso breve, con un tema de interés general para la comunidad. Escogí tratar algunas consideraciones sobre el desarrollo, porque claramente el tema a todos nos atañe y espero que a todos nos interese.

El desarrollo es un proceso que se puede entender de muchas maneras y también llamarlo de distintas formas. En el siglo pasado se hablaba de civilización, como polo opuesto a la barbarie, haciéndose hincapié en los aspectos del comportamiento humano además del bienestar material y del avance tecnológico. El problema de esta terminología era su parcialidad en favor de la cultura occidental y las formas de vida como ya se habían implantado en Europa. Progreso significaba hacerse europeo y, en consecuencia, atrasado era todo aquel que no lo fuera o lo pareciera. Esta visión fue tan parcializada como la de los antiguos imperios Romano y Chino que se conceptualizaban como el mismo centro del universo y veían a todos los demás como salvajes o inferiores, solamente dignos del dominio y la explotación.

Sin embargo, a pesar de que no existen ni puede haber derechos al reclamo de superioridad cultural, a partir de 1492 se inicia un proceso de invasión europea a todo el resto del mundo, unificándolo por las fuerzas políticas y económicas a través de los medios de comunicación y transporte, al punto que en la segunda mitad del Siglo XX participamos de una cultura dominante cuyas esencias son occidentales, y ante la cual sólo en Irán ha habido una manifestación parcial de rebeldía, puesto que no se renuncia a los frutos de la tecnología, sino que únicamente se trata de reivindicar algunas formas de ser Islámico.

Evidentemente, lo que hoy podemos llamar cultura occidental ha evolucionado considerablemente de lo que había en la España del Siglo XVI, la Francia del XVII y XVIII, la Inglaterra del XIX, o la Alemania de la primera mitad del Siglo XX, pero es un hecho que la humanidad del presente se organiza en naciones; aspira a regímenes políticos democráticos que garanticen la libertad y la igualdad, además de regirse por la legalidad y promover la solidaridad; profesa un culto a la ciencia como fuente del saber y a través de ella al poder del hombre sobre la naturaleza y los procesos sociales; lucha por una sociedad donde prevalezca la abundancia generalizada; y sueña con un hombre digno, creador, generoso, responsable, sensible y capaz.

Un buen ejemplo del proceso de universalización son los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, las dos grandes naciones contemporáneas que se disputan la manera de organizar el mundo en dos vertientes ideológicas fruto de la misma Europa. Tan occidentales como universales son los pensamientos de Adam Smith y Abraham Lincoln como los de Carlos Marx y Vladimir Lenin, posteriormente enriquecidos éstos por la grandeza de un Indio como Mahatma Gandhi y por la de un Chino como Mao-Zedong.

No obstante, aunque muchos de los elementos están presentes, nos es difícil pensar que lo que existe hoy en los Estados Unidos o en la Unión Soviética lo podemos llamar civilización en la misma manera en que lo hacían nuestros antepasados. Ciertamente todos podemos estar seguros de que lo que estos dos grandes países han logrado lo podemos llamar desarrollo, pero no así de llamarlo civilización. Posiblemente la diferencia está en que civilización se refería más a lo intangible de un proceso de mejoramiento humano, algo así como el florecimiento de las virtudes morales, cualidades intelectuales, o estéticas, entre otras; mientras que el proceso de desarrollo se ha identificado más con los aspectos tangibles del progreso, especialmente los materiales. No hay duda que esta identificación del desarrollo con progreso material se deba al énfasis tan grande que el hombre le ha dado a la acumulación de riquezas, tanto en el capitalismo como en el socialismo, por considerarlo medio imprescindible para alcanzar la satisfacción humana, aunque difieran grandemente en cuanto a los motivos para acumularla y en la manera de repartirla.

Lo cierto es que generalmente hemos llegado a aceptar el concepto de desarrollo como una situación de abundancia generalizada a toda la población, o por lo menos, a las grandes mayorías de ella, estado en el cual definitivamente hayan quedado satisfechas las necesidades básicas del hombre, tales como alimentación, salud, educación, vivienda, trabajo y seguridad social. Una vez logradas estas condiciones, lo que está en disputa es cuál sistema provee al hombre

con una mejor calidad de vida, haciendo hincapié unos, por ejemplo, en las libertades individuales y los otros en la solidaridad colectiva. Lo que se quiere, a fin de cuentas, es la felicidad humana, lo cual, se piensa, no es posible en la escasez o la penuria, y que sólo es probable donde cada persona tenga las posibilidades de su auto-realización.

Asociados con el concepto de desarrollo hay por lo menos cuatro requisitos enlazados entre sí, que son imprescindibles para alcanzar la sociedad de abundancia generalizada. Primero que nada, se requiere de una economía que genere bienes y servicios en las cantidades necesarias y que los distribuya de alguna manera más o menos igualitaria. Kuwait, gracias al petróleo, es el país con el promedio de ingresos per cápita más alto del mundo, pero no distribuye su ingreso petrolero de modo tal que beneficie a las grandes mayorías de la población y, en consecuencia, éstas han permanecido atrasadas.

Por otra parte, China tiene una de las distribuciones de la riqueza más igualitarias que puedan haber, pero su economía no genera los suficientes bienes y servicios para alcanzar un nivel de vida de abundancia para la población. En otras palabras, no por ser rico o igualitario se es desarrollado, sino que hay que ser ambas cosas a la vez.

Todo proceso de generación de riquezas requiere del trabajo humano, pero para poder producirlas en cantidades y calidad apreciables, se requiere de una capacidad científica y tecnológica de cierta consideración. El mejor ejemplo es el de la agricultura, que el hombre lleva miles de años trabajando, pero no ha sido sino en tiempos recientes cuando ha logrado producir donde antes no se producía o producir mucho más en las tierras fértiles. Esto lo ha logrado conociendo a fondo la naturaleza, experimentando y creando sistemas, mecanismos, variedades y productos que aumentan la productividad y que facilitan la siembra y la cosecha.

Para ser desarrollado se requiere de una capacidad científica y tecnológica que permita el dominio del hombre sobre la naturaleza y que lo haga capaz de crear y adoptar nuevos conocimientos y tecnologías para aumentar la producción y la productividad y poder aprovechar todos los recursos de manera integral. Esa gran capacidad creadora lo ha llevado a producir los productos más fantásticos, a penetrar las profundidades del mar y del espacio, a producir máquinas para que éstas a su vez produzcan otras máquinas y, en fin, a dominar todos los elementos para subordinarlos a su beneficio, dejando abierta la interpretación filosófica de lo que significa beneficio. Un beneficio que no tiene dudas es la capacidad de producir más con el

mismo o con menor esfuerzo y esta es la clave, junto con el máximo aprovechamiento de los recursos, de la obtención de la riqueza en la época contemporánea.

Cuando se piensa en capacidad científica y tecnológica lo normal es que en la mente se presenten imágenes de grandes laboratorios o de maquinarias e industrias complejas, lo cual realmente la simbolizan. Pero cuando uno se refiere a ciencia y tecnología, también se refiere a la población en general, la que ha alcanzado un alto nivel educativo que le permite comprender el mundo que le rodea y actuar en él en base a conocimientos objetivos y también le permite usar y adaptar la tecnología, ya sea para producción o para consumo. Por eso países como Japón y Suiza, que carecen de recursos naturales significativos, son países ricos, a pesar de que lo que hacen es importar materias primas, transformarlas en productos terminados, exportarlos y vivir del valor agregado que obtuvieron como resultado de su intervención tecnológica. Y por eso hay países con grandes recursos minerales y/o agrícolas que son pobres, porque no han podido, o no han sabido, o no han querido aprovecharlos.

Junto con los requisitos económicos y científico-tecnológicos, tenemos un tercer requisito que es la capacidad organizativa de la sociedad. Es decir, asociado con el desarrollo existe un orden legítimo establecido y respetado, una jerarquía para la toma de decisiones y una disciplina para el cumplimiento de los mismos, una división racional de las actividades en base al conocimiento y al mérito y una capacidad para formular planes y objetivos, ejecutarlos y evaluarlos. Una sociedad compleja requiere que sus partes integrantes cumplan con sus funciones para que el todo no sólo pueda operar como una unidad, sino para que ésta signifique mucho más que la simple suma de sus partes. La inseguridad o la irregularidad constante no son conducentes al establecimiento de relaciones de interdependencia, sino por el contrario, hay que reforzar los aspectos de la confianza basada en la racionalidad del comportamiento, del cumplimiento asiduo de normas y costumbres y de su penalidad en caso de que no sean respetadas.

Indudablemente que esto que afirmamos de la organización se puede también decir de una tribu indígena o de una institución cualquiera digna de ese nombre, pero es oportuno mencionar, dado el hecho de que estamos en un país latinoamericano, que naciones que se han caracterizado por una falta de organización, que de vez en cuando degenera en desorden, se han retrasado en su desarrollo. Sólo hay que pensar en el potencial maravilloso de Argentina y su tortuoso camino de medio siglo de crisis en crisis que no le ha permitido ser lo que debiera.

Un último requisito asociado con el desarrollo es el de un hombre con capacidad de adaptación rápida y permanente. Se requiere de

una personalidad flexible, capaz de aprender lo nuevo para superarse y capaz de cambiar ante nuevas circunstancias. La rigidez no es posible en una sociedad en constante transformación, por lo cual el afe-rramiento a lo conocido dificulta un proceso de constante superación.

El hombre desarrollado sólo pregunta el cómo se han hecho las cosas como punto de referencia, no para repetirlo de generación en generación sin considerar las diferentes alternativas. Una vez evaluadas las opciones y haberse decidido por una alternativa específica, se está dispuesto a hacer los esfuerzos necesarios para la consecución del objetivo propuesto, cualquiera que éste sea.

Cierto es que, desde tiempos inmemoriales, los hombres han estado dispuestos a hacer lo nuevo y esforzarse por la obtención de las metas que se hayan propuesto, pero ha sido sólo en los tiempos modernos cuando se ha implantado como forma de vida el espíritu de la revolución científica e industrial; y no algunos hombres, sino es la gran mayoría de la población la que se ve obligada permanentemente al cambio y como consecuencia a la evaluación de opciones y a la realización de nuevos esfuerzos en pos de nuevos objetivos. Este constante cambio requiere de una personalidad con capacidad de hacerlo: un hombre nuevo.

Siempre la humanidad se ha planteado la felicidad como el objetivo de la vida, pero sólo en sus formas de organización primitivas y en las de la sociedad desarrollada, la ha planteado, no para un grupo o una clase social, sino para toda la sociedad. Muchos, al observar la decadencia norteamericana y la opresión soviética, el hedonismo como forma de vida en uno y el Estado como implacable director de la vida de cada quien en el otro, se preguntan si en la búsqueda de la felicidad de nuestro tiempo no habremos perdido el sentido de lo que es-
tábamos buscando.

La reflexión filosófica que sobre los propósitos de la existencia debe hacerse cada generación, no es solamente válida para quienes ya han alcanzado un estado de desarrollo y requieren de darle mejor forma para hacer que el paso del hombre por la vida pueda ser más fructífero de lo que hasta ahora ha alcanzado, sino que también es válida para quienes viven en países no desarrollados y desean serlo, como es el caso de los dominicanos y de prácticamente todas las naciones de Asia, Africa y América.

La pregunta debiera ser si es posible tener un desarrollo diferente al que han logrado los países que ya nos precedieron en el proceso, y la respuesta necesariamente tiene que ser compleja. Sí, cada cultura moldea la manera de hacer las cosas de acuerdo a sus particularidades; no, las exigencias intrínsecas del proceso de nacionalización económica y tecnológica conformen un patrón de comportamiento más

o menos uniforme. Sí, si estamos dispuestos a renunciar a la acumulación de riquezas que se ha convertido más que en un medio en un fin, y como consecuencia aceptar un nivel de vida de reducidas condiciones materiales, incluyendo cosas tales como vivir menos años de vida o más trabajo para lograr un mismo resultado; no, la cultura predominante ha permeado hasta los más remotos confines y la población en general lo que quiere es maximizar las potencialidades del hombre, reducir sus esfuerzos y eliminar sus privaciones, todo lo cual parte de la premisa de que existen los medios materiales con qué lograrlo.

Obviamente, cada proceso de desarrollo va matizado por la cultura en que toma lugar y por las opciones que al respecto va tomando una sociedad, pero básicamente es un proceso mundial que es más homogéneo de lo que uno quisiera. Lo que puede variar es el énfasis, como por ejemplo, reducir la modalidad del consumo a lo necesario, eliminando lujos y vanidades, pero eso no quiere decir que no haya que ajustarse a los requerimientos de la producción de lo "necesario".

Otra fuerza operante en la homogenización de los procesos de desarrollo ha sido el conflicto de las grandes ideologías, que son totalizantes en el sentido de que tienen receta para la más completa organización de la sociedad, lo cual tiende a que se copien o se impongan los modelos que las dos superpotencias representan, haciendo innecesariamente difícil la aparición de modalidades diferentes. Afortunadamente, el reforzamiento de la multipolaridad de los últimos veinte años ha permitido mayor margen de flexibilidad que en la estricta bipolaridad de los años 1950 e, inclusive, los híbridos como Suecia y Yugoslavia se han mantenido como muy atractivos, pero en ningún caso ha habido país alguno que planteara un rumbo completamente diferente, o país alguno que haya optado por una política de no-desarrollo. En este sentido, el desarrollo, como hasta ahora lo hemos conocido, es prácticamente inevitable.

Sin embargo, hay tres razones que me llevan a pensar que, si bien individualmente no parecen alentadoras las posibilidades de un desarrollo diferente, el mismo concepto global de lo que es el desarrollo se va a ir viendo obligado a cambiar.

En primer lugar, estamos en una etapa de la historia en que las grandes ideas del Siglo XIX, que fueron las que le dieron su característica al Siglo XX, dan muestra de un fuerte agotamiento al haberse puesto en práctica y tener que evaluárselas no sólo ante sus pretensiones, sino también frente a sus resultados concretos. Esto indica que estamos en un replanteo de los conceptos y que evidentemente no tardará en que aparezca una reformulación del desarrollo que haga mayor hincapié en los aspectos cualitativos de la vida porque ya están satisfechas las necesidades materiales.

En segundo lugar, hasta ahora el desarrollo ha sido prerrogativa de una quinta parte de la población mundial, básicamente Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa de ambos lados y Japón. La incorporación de las cuatro quintas partes que habitan el llamado Tercer Mundo necesariamente llevará a una reconceptualización del desarrollo; pues, con la tecnología de hoy, no existen los recursos para proveer a la población mundial completa con un nivel de vida de país desarrollado. No sólo habrá que hacer un ajuste a los patrones de consumo hoy prevalecientes, sino que habrá que hacer un ajuste a todo el pensar como naciones, para pensar como comunidad mundial, un ecosistema planetario. Habrá que pensar en un aceleramiento de los descubrimientos científicos y en el desarrollo de nuevas tecnologías para poder lograr un todavía mayor y mejor aprovechamiento de los recursos. Y es de esperarse que habrá un gran enriquecimiento cultural al incorporar de manera activa toda la riqueza espiritual de la humanidad.

En tercer y último lugar, la historia precedente fue siempre de escasez y era lógico que se pensara en un incremento continuo hasta saciar la necesidad o simplemente completar lo que faltaba. Hoy día, la tecnología le ha permitido al hombre satisfacer la necesidad e ir más lejos, lo cual nos dice que estamos entrando en la etapa del excedente y del exceso para lo cual realmente no estamos preparados. Habrá que redefinir qué es lo necesario y establecer parámetros de lo mínimo, que ha sido fácil, y de lo máximo, que es verdaderamente difícil. Un ejemplo es la prolongación de la vida humana, que hasta hace poco era sólo un problema de corregir deficiencias para permitirle llegar hasta su potencial, pero ahora cada día el potencial se ensancha y se puede mantener a una persona orgánicamente viva aunque no consciente, o simplemente viva año tras año en un pulmón de acero, pero sin deseos ya de vivirla.

Si bien como humanidad está el problema de darle una mayor dimensión al desarrollo que la que hasta ahora se ha logrado, los países sub-desarrollados también tienen que encarar el problema de cómo lograr cuando menos salir de la etapa de escasez para llegar a la de la satisfacción de las necesidades básicas. La presión de la revolución social en el Tercer Mundo es cada día más fuerte, habiendo una mayor demanda de la población por un justo nivel de vida cuando la producción de bienes y servicios en esas naciones es sencillamente insuficiente para satisfacerla.

A pesar de que los países han buscado medios paliativos para enfrentar el problema, tales como exportar parte de la población a los países desarrollados, negociar mejores términos económicos en la relación Norte-Sur, o simplemente tomar prestado y aceptar subsidios,

la verdadera solución está en alguna forma de desarrollo rápido, para lo cual se requieren tres condiciones: tener voluntad de desarrollo, estar dispuesto a aceptar grandes sacrificios y tener la capacidad de concebirlo y realizarlo.

Empecemos por la voluntad de desarrollo. En primer lugar, esto significa tener fe en lo que se está haciendo o en lo que se va a hacer. Sin confianza en el futuro no existe un proceso de entusiasmo creativo que haga de la realización de esfuerzos un placer y de los obstáculos un problema a vencer. En segundo lugar, cuando se habla de voluntad de desarrollo se habla de una movilización de las grandes mayorías de la población, una liberación de las energías creadoras de un pueblo, que normalmente ha sido pasivo, que está dispuesto al cambio y que va en búsqueda de su superación.

En tercer lugar, hay que comprender, contrario a lo sucedido en Europa, que la revolución científica e industrial fueron las fuerzas que impulsaron el desarrollo; en el Tercer Mundo es la voluntad de desarrollo la que tiene que echar a andar el proceso donde no lo ha habido, lo cual requiere de un esfuerzo constante y deliberado hasta que la sociedad haya cambiado lo suficiente como para que el proceso ya sea una fuerza motriz por sí misma. Por eso, la parte más difícil es justamente la arrancada, el comenzar.

Como segunda condición, hemos mencionado la capacidad de sacrificio. Por más apetecible que sean los resultados, todos los quisieramos sin tener que pasar por los esfuerzos y las penas para conseguirlos. Cambiar la manera de hacer las cosas y aceptar toda una nueva valoración de las razones para hacerlas, ya de por sí es un gran problema que requiere de sacrificios. Pensemos un momento en lo que significa la redefinición de los roles de cada uno de los miembros de la familia, el hombre, la mujer, los padres y los hijos. En segundo lugar, el desarrollo económico se logra con mucho trabajo y poco consumo, para así poder invertir la diferencia como nuevo aporte al proceso. Por lo menos se tiene que sacrificar una generación para que sus hijos puedan disfrutar de la abundancia. En tercer lugar, hay que aceptar la rígida disciplina del desarrollo, cosas tales como el cumplimiento de cuotas y horarios de trabajo o aceptar al Estado como árbitro final de las cosas terrenales.

Además de voluntad y sacrificio, se requiere de la capacidad para concebir el proceso de desarrollo y realizarlo. Cuando hablamos de concebir estamos pensando no sólo en planes detallados, que es un problema de sofisticación técnica; sino en las ideas-fuerza básicas, que es un problema fundamentalmente político: movilización de la población, aprovechamiento integral de los recursos, invertir en

la gente, que son a su vez el objeto y los agentes del desarrollo, controlar el crecimiento demográfico a su mínima expresión, controlar el consumo, fomentar el ahorro, asegurar la inversión, estimular todos los mecanismos de producción, etc...

Para realizar el desarrollo, lo primero que hay que hacer es organizarse, para así tener la capacidad de establecer programas con sus objetivos y que estos tengan los recursos necesarios para que puedan realizarse. Lo segundo es hacer una evaluación de las posibilidades y alternativas, jerarquizar las prioridades, decidir sobre una línea de acción y emprender la lucha para que se haga. Una tercera necesidad para poder llevar a cabo la realización del desarrollo es asegurarse de que se cuenta con la autoridad necesaria para poder hacer valer los planes y objetivos. Y por último, está la capacidad para manejar adecuadamente los diferentes recursos humanos y financieros, maximizando lo que se tiene disponible y evitando errores costosos, es decir, se requiere de una buena capacidad administrativa.

Un último comentario, para terminar: No importa cuál sea la preferencia, todo proceso de desarrollo requiere de un gran liderazgo político, puesto de lo que se trata es justamente de dirigir a un pueblo de la situación en que se encuentra a un mundo, que si bien puede prometer ser muy bueno, todo el trayecto es desconocido. Como es un proceso largo, se requiere de un liderazgo institucionalizado, mucho más allá de una persona o un pequeño grupo de personas, aunque ésta o éstos en un momento dado puedan encarnar o representar ese mismo liderazgo. En Japón, por ejemplo, ha sido el sector empresarial y en la Unión Soviética el Partido Comunista, ambos actuando a través del Estado, que es la institución que tiene que dirigir el desarrollo de un país.

Realmente, a los pueblos lo que les interesa es desarrollarse, siguiendo a quienes los dirigen en ese justo camino y dejando para más tarde el problema de las preferencias filosóficas, ideológicas y políticas. Lo razonable para una sociedad está en hacer conciencia sobre la marcha de las fuerzas de la historia y tener la capacidad para moldearlas. De lo contrario, se condena a la población a sufrimientos y penurias que pudieran haberse evitado. Ojalá que todos hagamos conciencia y aportemos aunque sea sólo nuestra buena voluntad.

Quisiera agradecerles a todos ustedes su honrada presencia aquí esta tarde en que me siento colmado de felicidad y orgullo. Quisiera agradecerle nuevamente al Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en la persona de su Rector, el Lic. Rafael Toribio, por la distinción con que me han honrado y por la satisfacción tan inmensa que me

han obsequiado. Y finalmente, quisiera agradecerles a todos los que trabajaron conmigo aquí en el INTEC su dedicación y esfuerzo, que fue lo que hizo que esta hermosa tarde de hoy fuera posible.